

# En la Playa

EL PRÓDIGO.

—No me sorprendes, Isaac. Te esperaba. Pablo y Laura me escribieron desde Negros anunciándome tu viaje a Manila.

—Me lo figuraba. ¡Siempre los mismos! Lo primero que advertí a Pablo fué que nada te dijese respecto de mi viaje. Y ya lo ves; el tiempo le ha faltado para comunicártelo, privándome así de la satisfacción que me hubiera producido el sorprenderte.

—¡Qué quieres! Pablo no sabe ocultarme nada que contigo se relacione. Se lo tengo así advertido y cumple como bueno. Además, la última vez que estubo en Manila, me aseguró que vendrías. Y por cierto, que también lo recibí aquí en esta playa solitaria, que por lo visto se ha convertido en sala de visitas para mis amigos negreños.

—¿Y dónde mejor pudieras recibirnos! Prefiero la calma y tranquilidad de este lugar a todo el bullicio y ruido infernal de Manila. No puedo con esa agitada y vertiginosa vida de la ciudad.

—¡Bien, hombre, bien! Me gusta tu frescura. Si no hubiera de hablarte en serio, y de asuntos graves, me harías con tu salida soltar la carcajada. ¡Con que te agrada la soledad, y te hastía el vértigo social! Debieras ser más franco, Isaac; pues no ignoras que estás hablando con quien está enterado de todos los pasos que das.

—¿Dudas, pues, de la franqueza y sinceridad de mis palabras?

—¡Si pudiese dudar siquiera! Lo peor es que ni aun el insignificante favor de una duda les puedo conceder; por estar convencido de que te has expresado con absoluta falta de franqueza y sinceridad.

—¡Hombre, muchas gracias!

—Piensa y dí lo que quieras; pero no retiro ni suavizo mi afirmación. No; Isaac, no es la soledad, ni la tranquila vida del campo, ni el mismo interés de tu casa y hacienda, lo que atrae tu atención y encauza tus acciones. Díganlo tus fincas, sobre las que pesa un crecido número de hipotecas que ya tocan a su fin; y muy pronto habrán de llevarte a la ruina total, si no pones el remedio que ya urge. Hasta la misma casa que habitas está hipotecada: esa casa que para tí debiera ser un templo, porque en ella viste morir a tus padres. Todo lo has olvidado y abandonado por seguir tus gustos y caprichos. Desde que murió tu santa madre te

entregaste de lleno a las locuras de la orgía; sin acordarte que así profanabas la memoria de tus padres, y manchabas con tu reprochable conducta el nombre inmaculado que ellos te legaron. Tus peligrosas amistades, los centros que has frecuentado, esas locas y nocturnas diversiones que han constituido tu ideal favorito, el juego maldito en cuyas aras has inmolido tu salud y tu dinero, esa vida, en fin, de continua disipación y locura, te han conducido al miserable estado presente, que tratas en vano de ocultarme; pues sé muy bien que estás al borde de una espantosa bancarrota. En repetidas cartas he querido prevenirte contra la ruina que te amenazaba; pero a todas correspondiste con el silencio. No te recrimino por eso; pues mi fin, al escribirte, no se reducía a obtener de tí una contestación, sino a alejarte del maldito camino de perdición, antes de que cayeses al fondo del abismo. Por desgracia, nada he conseguido. ¡Y tienes valor para decirme que te hastía la ciudad, y te agrada el silencio y tranquilidad del campo! ¿Dónde están tu franqueza y sinceridad?

—Sólo por ser tú quien me está hablando, paso por la tajante dureza de esas frases. Pero no puedo pasar por las exageraciones de Pablo, quien por lo visto se ha extralimitado en su carta; lanzando contra mí todos esos cargos que sólo existen en su fantasía.

—Te equivocas, Isaac. Pablo se ha limitado a anunciarme tu viaje, interesándose por tí: nada más. Otra persona que todo lo ha sacrificado por tí es quien me lo comunica no con palabras, sino con las lágrimas de que está impregnada su carta.

—Mi hermana.

—Sí; tu hermana; esa infeliz criatura que por ser más joven que tú, y no tener en el mundo más apoyo que el tuyo, o al menos, el que tú debieras prestarle, merece que la trates como debe ser tratado un ángel; pues ángel es tu hermana, puesto por Dios en el camino de tu vida. Y ese ángel vive sacrificándose y llorando por tí sin fruto alguno, aunque no sin esperanza, como ella dice en la última carta. ¡Pobre Inés! Tú debieras ser para ella la fuente de su felicidad, y eres el causante de su desgracia y de su llanto! Por tí, sólo por tí ha renunciado al brillantísimo enlace con que hace poco le convidaron, y que hubiera asegurado su dicha para toda la vida. Tú fuiste el único obstáculo que

le obligó a desistir de tan ventajoso matrimonio.

—¡Cómo! ¿También eso? Confieso que no me he portado con mi hermana como yo debía y ella merece; pero tampoco me he opuesto a esa boda. Ella ha desistido por su libérrima voluntad.

—No; Isaac. Ha sido el amor que te profesa quien la ha hecho desistir. Inés amaba a Lucio; lo sé muy bien. Con él tu hermana hubiera sido feliz, pero lejos de tí. Su hermoso corazón, acostumbrado ya a todos los sacrificios, luchó valientemente y venció. Entre su felicidad y la tuya, renunció a la suya, y se inmolo por tí. El sacrificio ha sido inmenso, pero lo ha hecho. Y no olvides que ese sacrificio, el más grande que puede hacer una joven que ama y es amada, lo ha realizado Inés por tí. Escucha: "Solo Dios, me dice en la última que me ha escrito, solo Dios sabe la terrible lucha que he sostenido durante la pasada temporada. Dos amores han luchado con todas sus fuerzas dentro de mi destrozado corazón; pero al fin ha vencido el que yo quería que venciese. El sacrificio ha sido grande, pero lo he hecho, y no me pena. Si Dios lo acepta a cambio de la conversión de mi querido hermano, me lo habrá pagado con creces. Hace ya tiempo que no vivo sino para mi hermano. Todo lo he sacrificado por él Lloro mucho, sobre todo de noche; pues Isaac apenas si duerme alguna que otra noche en casa. Sin embargo, confío en que mi santa madre vela por él desde el cielo. Ese pensamiento me consuela, y me hace esperar un cambio, que se me figura no puede tardar. Pero, ¿cuando será? ¡Hace tanto tiempo que lo espero!"

Así me escribe la pobre Inés. Veo que sus palabras te impresionan. Bien; mañana continuaremos, pues es ya cerrada la noche. Ojalá que las lágrimas de ese ángel consigan más que mis consejos.

EL SOLITARIO.

